

## CAPITULO XII.

El pliego del presidente de la Chancillería de Valladolid.—Una dama de picos pardos.—Azotes á Corchuelos y otros particulares.

### I.

Eran las diez de la noche de aquel mismo dia, y el alcalde Portocarrero, retirada la luz y sentado en un sillón junto á una reja, para respirar el aire de la noche, cuando raramente soplabá, porque hacia mucho calor, esperaba impaciente la vuelta del corchete Anguila.

El secretario Pedralva estaba sentado frente á él, y agotada la conversacion, dormitaba.

En aquellos tiempos, las diez de la noche era ya una hora avanzada, porque las gentes se acostaban muy temprano.

El alcalde, sin embargo, creía de su deber esperar, y esperaba.

Al sonar las diez en el reló de la villa, el alcalde oyó una carrera menuda y rápida, que pasó como pasa el vuelo de un cigarrón, y á poco se abrió la puerta de la sala, y un alguacil dijo desde ella:

—Señor, acaba de llegar el hombre que su señoría ha enviado á Valladolid.

—Tomad la luz de aquel rincón, ponedla sobre la mesa, y que entre ese hombre.

El alguacil puso sobre la mesa un velon de Lucena de cuatro mecheros, y salió.

Pedralva seguía dormitando.

### II.

Entró Anguila sin que se le conociese en nada la caminata que había hecho, más que en el polvo de que venía cubierto.

Se había quitado el pañuelo y la cataplasma, y apenas se le conocía la hinchazon del carrillo.

Se había curado de la manera más original del mundo, con la fatiga del viaje, si nos es lícito decir, sin detrimento de la memoria del buen Anguila, que se había fatigado.

—Señor, dijo, salí de aquí á las cinco, y hubiera querido estar aquí de vuelta á las seis y media cuando más; pero no ha estado en mí el hacerlo; hasta las nueve y media no me han dado este pliego, que tengo la honra de presentar á vuestra señoría, como asimismo este papel en que se prueba que he salido de Valladolid á las nueve y media dadas.

El alcalde leyó aquella especie de atestado que le presentaba Anguila para disculpar su tardanza, y vió que decía lo siguiente:

«Palacio de la real Chancillería de Valladolid.—El

alguacil Pedro Anguila sale de este palacio á las nueve y media dadas de la noche.—El portero mayor de esta real Chancillería,—*Juan Porron.*»

El alcalde metió la mano en su bolsillo, sacó de él una bolsa de seda verde, de la bolsa un doblon de á cuatro, y dándoselo á Anguila, le dijo:

—Idos en buen hora á descansar.

—Dios se lo pague á vuestra señoría y le dé muy buenas noches, dijo Anguila; se inclinó, giró y desapareció.

### III.

Hé aquí el contenido del pliego que había traído Anguila:

«Señor don Luis Portocarrero: Mi muy respetado amigo: el alcalde Santillana y yo hemos hablado largamente despues de haber leído vuestro pliego. En verdad, que en lo que en esa villa pasa, es cosa para vivir muy prevenidos, y dormir con un ojo abierto. Don Rodrigo está metido en confusiones con ese pastelero, y cree, como vos, que es persona muy principal, por lo que en él se advierte; pero tales papeles ha visto suyos el alcalde Santillana, y tan por pastelero se tiene en la villa y por tan hombre de bajos principios á Gabriel de Espinosa, que don Rodrigo cree, y créolo yo tambien, por lo que don Rodrigo me ha informado, que meterse en averiguaciones por medio de proceso, sería tal vez imprudente; porque si algun misterio hay en el pastelero que convenga y deba saberse, mejor se podrá poner en

claro disimulando y haciendo como que se confía, é inquiriendo y preguntando, y dando lugar, si se obra al descubierto, á que avisados y puestos en temor, oculten de tal manera la verdad, que sea imposible sacar nada en limpio. Bien sé yo que vos me direis que el potro es un buen remedio para hacer hablar aún á los mudos; pero es el caso, que la tortura no puede aplicarse solamente por sospechas, y que sería ponerse en compromiso, tratando injustamente y de tal modo al pastelero.

»Yo creo que el alcalde Santillana, y el doctor Yañez de Rivadeneira, á quien hemos llamado, lo creen tambien, que debéis reduciros á no perder un ápice de lo que hiciere Gabriel de Espinosa, cayendo sobre él y prendiéndole en el momento que hubiere justa causa y razon para ello, y que nada se diga á su majestad, no sea que todo esto se quede en sospecha, y no haya para qué molestar la atencion del rey nuestro señor. Yo os doy las gracias en nombre de su majestad por vuestro celo, os deseo buena salud, y me confieso otra vez muy vuestro amigo.—Guárdeos Dios muchos años.—De este palacio de la real Chancillería de Valladolid á 6 de setiembre de 1595.—*El presidente.*—A don Luis Portocarrero, alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid.»

El alcalde Portocarrero dobló el pliego, y le guardó en su cartera particular, se levantó, llegó á Pedralva que dormitaba, le movió blandamente, y le dijo:

—Despaviláos, señor Pedralva; coged vuestra espada y vuestra linterna, que vamos de ronda.

—Mala vida se nos presenta en Madrigal, dijo Pedral-

va levantándose perezosamente y restregándose los ojos.

—Pero ello es preciso; el ministro de justicia no es nada suyo, sino del rey que le paga y le honra.

—Sí, sí señor; pero cuando se tiene mucho sueño, saben muy mal las rondas.

Y ciñéndose su espada y tomando de un armario la linterna, que encendió en el velon, dió al oidor su vara, y entrambos salieron á los cenadores del patio.

—¡Hola! ministros, arriba; encended las linternas, y en marcha, dijo Pedralva con la voz todavía un tanto soñolienta.

Los alguaciles que estaban acá y allá, menos uno que estaba de guardia y se paseaba, se levantaron, buscaron sus linternas, las encendieron en la luz agonizante de un farol que había en el zaguan, y salieron detrás del alcalde y del secretario.

#### IV.

La noche era oscura, y no se sentía ni una sola persona en la villa.

El alcalde Portocarrero llegó hasta la pastelería que estaba cerrada y oscura, escuchó, y nada oyó.

Rondó por parte del pueblo, yendo á parar al convento de Nuestra Señora de Gracia, y allí notó algun movimiento, y vió luz detrás de las celosias de las ventanas de la celda, ó más bien de la casa de doña Ana de Austria.

Parecióle que debía tomar esto en cuenta al alcalde, y ocultóse con su gente en un soportal, poniéndose en

acecho de la puerta particular por donde se entraba á las habitaciones de doña Ana.

Pero por mucho que esperó el alcalde, ni á aquella puerta llegó nadie, ni nadie salió por ella; se apagaron las luces, y todo quedó en reposo.

Dejó el alcalde dos hombres de guardia en el soportal, y con los otros cuatro y con Pedralva, siguió su ronda, y ya á más de media noche, al entrar en la calle donde estaba la cárcel de la villa, oyeron rumor de voces que hablaban.

El alcalde mandó que dos alguaciles diesen la vuelta para coger la calle por el otro extremo, á fin de que al sentir la ronda no se escapasen los que en la calle estaban, y al sentir el silbido con que avisaron los alguaciles que ya habían llegado á su puesto y que estaban prevenidos, el alcalde, con Pedralva y los otros dos alguaciles, se entró de golpe en la calle, y cuando creía encontrar hombres, las luces de las linternas solo le dejaron ver dos mujeres, la una jóven y de muy buen parecer, garbo y despejo, y la otra vieja, fea y taimada, que de legua olian á mujeres de poco más ó menos, y de no muy buena vida.

—Ténganse allá vuestras mercedes, dijo con descaro la muchacha, y no se echen tan encima ni tomen tantas prevenciones, que aquí no hay Fierabrases ni Orlandos furiosos, sino una vieja y una niña, que á nadie ofenden ni hacen perjuicios.

—Picos pardos tenemos, señor alcalde, dijo Pedralva, y bueno sería echar el guante á estas aves nocturnas, que para nada bueno pueden andar á estas horas por la calle.

—En eso no decís bien, señor secretario, dijo desde una reja de la cárcel una voz de hombre; cuando un galán honrado no puede ir á ver á su dama, porque le tienen en jaula como un pájaro, bueno es que la dama, si le quiere bien, venga á verle y á consolarle; y si no tuviera rejas á la calle la cárcel, á buen seguro que me pudiera asomar á ellas, ni hablarme la Mari Galana, ni traerme qué cenar; que si no fuera por ella, iria mañana desmayado á recibir los azotes, y todos tomarian á miedo lo que solo seria hambre y lacería.

—Vaya en gracia, dijo el alcalde mirando fijamente á la muchacha que apenas tendria veinte años, morena, buen cabello, grandes ojos, hermosa garganta y aire picaresco y descarado, pero lleno de gracejo y de inteligencia.

—¿Qué mira tanto vuestra señoría? dijo la muchacha sonriendo y dejando ver al alcalde dos hileras de blanquísimos dientes.

—¿Tú eres de Valladolid, paloma? la dijo.

—Para servir á Dios, al rey, á mi galán y vuestra señoría, en el Ochavo, y criada en el barrio de las Morenas, junto á las tapias del verdugo, que es mi compadre.

—Pues tú, Mari Galana, debes conocerme á mí.

—Y no por cosa buena, ya lo creo; como que hace dos años, sobre si era bruja ó no era bruja, y sobre si di bebedizos al corregidor para que quisiera á su mujer y no empleara su vara de justicia en sacudirla el polvo de las espaldas, me tuvo vuestra señoría seis meses á pan y agua, que me quedé como un hilo, y me quiso dar

garrotillo en los dedos para que confesase lo que no habia hecho; gracias á que vuestra señoría tiene buen corazón y conoció que todo aquello que me levantaban era testimonio de la mala hembra de la Lebrela, que me tiene envidia por el palmito y por la gallardía de la persona, y porque no hay galán que ella tenga, que en viéndome á mí, no se la vaya, y se venga á mí á solicitarme y servirme; yo soy una honrada dama de picos pardos (y enseñaba con mucha gracia los cujoncillos de sus mangas de sayal, y su lazo morado sobre el hombro izquierdo, distintivo de las mozas de partido de aquellos tiempos), tengo mi licencia del rey, y ando siempre con mi dueña y honestamente sin dar escándalo; soy cristiana y caritativa, no robo ni soy gancho de ladrones, ni yo taparía un hurto por cuanto hay en el mundo; dejénme, pues, en paz, que yo traiga cena y consuelo á este mi enamorado, que en ello á nadie ofendo ni mal hago, y estréllese vuestra señoría, señor alcalde Portocarrero, con otros y otras, que sin ser de picos pardos, sino muy altas y muy principales, y de un estado que debian respetar mucho, traen escandalizado al pueblo ofendiendo á Dios y al rey, sin que nadie las ataje y vaya á la mano.

Extrañóle y púsole en cuidado al alcalde la manera particular con que la Mari Galana habia pronunciado sus palabras, y la dijo:

—Echate acá á un lado y vamos andando, que el bachiller Corchuelos no ha de morir de los azotes, y cuando sane, tiempo te quedará para servirle; y vos, señor bachiller, recogéos é id cobrando ánimo para los azotes, y quedad con Dios y buenas noches.

—Con tal de que yo vea ahorcar al que tiene la culpa de que yo sea azotado, dijo Corchuelos, por pagado me daré del vapuleo; y Dios quiera que no tarde yo en verlo.

—Cállese el villano y mire no me entren ganas de mandar al alcaide que le ponga incontinentemente una mordaza. Echa delante Mari Galana.

—Permita Dios que no le venga cosa buena al que tiene la culpa de que se vea en tal ahogo mi Corchuelos; dijo la muchacha llorando.

—Anda, anda más adelante, dijo el alcaide, y respóndeme á lo que te voy á preguntar.

—Pregúnteme vuestra señoría todo lo que quiera, que yo le responderé todo lo que sepa, contestó Mari Galana tragándose las lágrimas.

La moza de partido y el alcaide iban delante.

Algo atrás, la vieja; más atrás, Pedralva y los cuatro alguaciles.

—¿Por qué has dicho, la preguntó el alcaide, que hay en esta villa damas muy principales que traen escandalizada á la gente?

—Porque es la verdad pura.

—¿Sabes tú quienes son esas damas?

—Es una sola.

—¿Sabes como se llama?

—Vaya si lo sé; pero me temo que si lo digo á vuestra señoría me meta en la cárcel y me haga azotar.

—Como tú hayas dicho la verdad, en vez de azotarte te premio.

—¿Por la salud de vuestra señoría?

—Por mi salud, Mari Galana.

—Pues acerque vuestra señoría la oreja sin miedo de que se la muerda, porque lo que le voy á decir, es para dicho muy quedo.

Acercó el alcaide la oreja izquierda á la rosada y fresca boca de la muchacha, y ésta le dijo con una voz que apenas se percibía:

—Doña Ana de Austria.

Dió el alcaide un salto.

—Sí señor; doña Ana de Austria, esa reina ó esa infanta, ó qué se yo lo que es. Pero ya se vé, como es sobrina del rey...

—Por menos de lo que estás diciendo, he ahorcado yo á muchos.

—Eso seria bueno si fuera mentira lo que yo digo; pero no siendo verdad como lo es.

—Vamos, espícate.

—Pues poco tiene que espícar; todas las noches, despues de las doce, un hombre entra con un fraile que parece un fantasma en la casa que tiene pegada al convento doña Ana de Austria, y antes del amanecer el fraile y el hombre salen.

—Entonces aún no deben haber salido.

—Qué se yo; ya va siendo la hora de que los pájaros nocturnos vuelen; andan diciendo por el pueblo, que el fraile es un fantasma, un demonio que lleva á un condenado á ver á doña Ana de Austria, que está condenada tambien; pero no hay tal fantasma, ni tal diablo, ni tal condenado; son dos hombres de carne y hueso, que yo conozco muy bien.

—¡Tú!

—Como hace mucho calor y no se puede parar de noche en las casas, el bachiller Corchuelos y yo nos andamos por las calles y nos salimos á pasear al campo hasta que amanece. Una noche, al pasar por delante del convento, vimos luz por la regilla de la puerta de la casa de doña Ana, y como esto era ya cerca del amanecer, nos maravilló; quisimos ver lo que aquello era, y nos escondimos en un soportal; á poco se abrió la puerta, y aparecieron un fraile y un hombre. A ellos no les pudimos ver la cara, pero se la pudimos ver á la dama que les alumbraba; porque era una dama, no una monja, porque no tenia hábitos, sino un hermoso vestido de seda, de raso de Florencia. Aquella dama, que era jóven y hermosa, llevaba una palmatoria de plata en la mano, con una vela de cera perfumada. Nosotros lo veíamos todo esto muy bien, porque el soportal donde estábamos escondidos no estaba lejos, y Corchuelos y yo tenemos muy buena vista.

—Vamos, ¿y quién era la dama?

—Yo no la conocia; pero Corchuelos sí; aquella dama, á pesar de que no tenia hábitos, era una monja: una de las criadas de doña Ana de Austria: doña Luisa de Grado.

—¿Qué señas tenia la dama? porque yo conozco á doña Ana y á sus criadas.

—Así, como yo, de mis carnes, más morena que yo, y con los ojos así, como los míos, muy grandes y muy negros; una buena moza, señor alcalde Portocarrero. Pero venimos un ejército, nos vamos acercando ya, y

seria bueno que mi abuela, el señor Pedralva y los corchetes, se quedasen atrás y se escondiesen, y que vuestra señoría guardase la vara y me diese el brazo para que yo me agarrase de él, porque viéndonos así, creerian que éramos enamorados y no cosa de justicia.

—Dices bien, Mari Galana, dijo Portocarrero; voy á mandar que se queden atrás, y tanto esconderé la vara, por si nos ven, como que se la voy á dejar al licenciado Pedralva. Dile tú á tu abuela que se vaya con ellos.

Y diciendo esto, el alcalde mandó á los que le seguian y á la vieja, que se metiesen en un soportal.

Luego, la muchacha se asió del brazo del alcalde, y entraron por la calle del convento.

V.

La calle estaba desierta, oscura y tranquila.

—Aún no deben haber salido, dijo la Mari Galana, porque todavía no es hora.

—Lo sabremos, dijo Portocarrero, que tengo dos alguaciles de guardia escondidos en un soportal delante del convento.

—Ahí es donde yo iba á decir á vuestra señoría que nos escondiésemos.

—Antes de todo, ¿habeis averiguado tú ó Corchuelos quiénes son el hombre y el fraile que entran y salen de noche en las habitaciones de doña Ana?

—Corchuelos es más listo que una ardilla y sabe más que un zorro, y cuando se propone averiguar una cosa, la averigua.

—¿Pero quiénes son?

—¿Quién ha de ser el fraile, más que el vicario de las monjas, fray Miguel de los Santos?

—Cuenta con lo que dices, Galana, mira que fray Miguel de los Santos es un varón muy respetable.

—Que sea respetable que no lo sea, es el que trae y lleva de noche á las habitaciones de doña Ana al pastelero Gabriel de Espinosa.

—Tú tienes ojeriza á Gabriel de Espinosa, porque por su causa, ó más bien por la riña que con él tuvo ayer por la mañana Corchuelos, está éste sentenciado á azotes, y á poco más le ahorco.

—Esas son otras cuentas; y yo le juro á vuestra señoría que el tal pastelero me las ha de pagar con las setenas ó he de dejar de ser yo Mari Galana. Quitando todo eso, es verdad que los que entran y salen de noche en el convento, son el vicario de las monjas y el pastelero; y si no, si están dentro, vuestra señoría lo verá.

—Pues vamos á ver si están ó si ya han salido.

Y el alcalde se dirigió al oscuro soportal, y entrando en él, dijo en voz baja:

—¡Hola, ministros!

—¿Quién es? contestó una voz baja y bronca.

—El alcalde Portocarrero.

—Dios guarde á vuestra señoría.

—¿Y el otro?

—Se ha ido detrás de los que han salido.

—¿Han salido ya?

—Sí señor.

—¿Por dónde?

—Por la puerta de enfrente.

—¿Ha bajado alguien á alumbrarles?

—No señor; han salido á oscuras, despues de haber abierto con mucho silencio la puerta, y si no tuviéramos tan buena oreja y tan buena vista mi compañero Aironcillo y yo, ni los sentimos ni los vemos.

—¿Y quiénes eran?

—Un fraile blanco y negro, á lo que apenas podía verse, y un hombre rebozado en un capotillo.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Qué, no señor! No ha pasado ni el tiempo que se necesita para rezar tres credos, desde que salieron y los siguió Aironcillo, hasta que ha llegado vuestra señoría.

—¿Y por qué no os habeis ido vos tambien, Roquete? Porque siendo dos, llegarán á un punto en que se separen, y cada uno tome su camino.

—Vuestra señoría nos mandó que si saliese alguien le siguiese uno de nosotros, y que el otro se quedase observando.

—Decís bien; continuad en accho, y esperemos á que vuelva Aironcillo.

El alguacil Roquete se retiró, y para no ser oídos, el alcalde y Mari Galana se fueron á otro extremo del soportal.

VI.

—Ya verá vuestra señoría, dijo la Galana, como Corchuelos no se ha engañado.

—Nunca lo hubiera creído, dijo Portocarrero.